

# FLECHAS Y PELAYOS

30 cts.

AÑO V

NÚM. 195

30 DE AGOSTO DE 1942

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN:  
MONTE ESQUINZA, 6 -- MADRID  
TELÉF. 41046 -- APARTADO 213

383

## UN DÍA DE CAMPO

COSQUETE. — ¡A ver Cubillo! tú que estás fuerte en historia, a que no me dices ¿cuál es el rey que reinó en España después de abdicar?

CUBILLO. — ¡Hombrel, yo no soy tan idiota como tú te crees; eso es sencillo, pues verás... ¡Abdicar III!

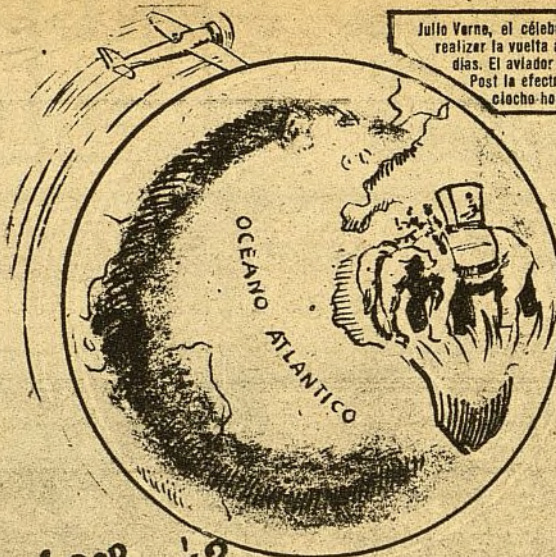




# CURIOSIDADES



Es creencia general de que el Japón es país de gente menuda, pero para desmentirla, mirad este luchador de «sumo», deporte nacional japonés, cuyos espectaculares hombres pesan más de 100 kilogramos y algunos sobrepasan los dos metros de estatura.



¿POR QUÉ?

$3 \times 37 = 111$   
 $6 \times 37 = 222$   
 $9 \times 37 = 333$   
 $12 \times 37 = 444$   
 $15 \times 37 = 555$   
 $18 \times 37 = 666$   
 $21 \times 37 = 777$   
 $24 \times 37 = 888$   
 $27 \times 37 = 999$

Julio Verne, el célebre novelista, imaginó realizar la vuelta al mundo en ochenta días. El aviador norteamericano Willy Post la efectuó en siete días, dieciocho horas y 49 minutos y 1/2.

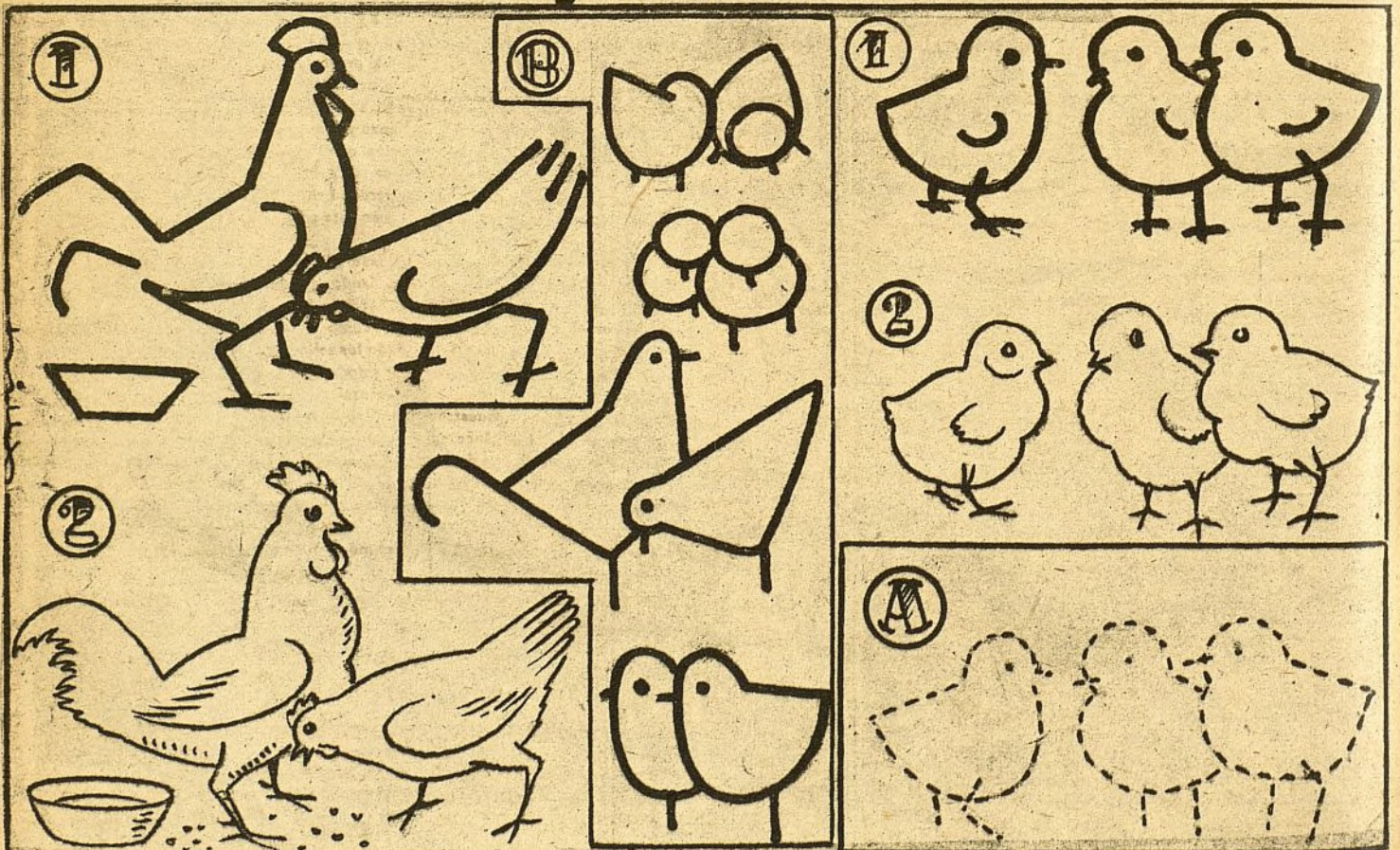
El actor de cine Sir Cedric Hardwicke, aparece por primera vez sin maquillaje interpretando el misterioso señor Borde en la película «Horas robadas».



HE AQUÍ UN SEÑOR GUERRERO DEL AÑO 700, DE AQUELLOS QUE LLAMARON BÁRBAROS Y QUE COMO VEIS, HAN TENIDO LA GRACIOSA Y APLAUDIDA IDEA DE DISFRAZARSE DE TORTUGA.



## Dibujo infantil



En ejercicios anteriores dibujaste aves, pero estaban aisladas. Hoy el trabajo es un poco más complicado porque están agrupadas. Así te irás preparando para dibujarlas del natural porque allí difícilmente las verás aisladas. Los esquemas del recuadro (B) te iniciarán en su trazado.



# Religión

## LA AVARICIA



Es el ansia de guardar dinero o cosas que lo valgan. El avaro no busca el dinero para gastarlo, para vivir, para socorrer, para divertirse, para lucirlo. Es como la urraca que atrapa todo lo que brilla, lo esconde en su agujero y nunca lo aprovecha. La pasión del oro es insaciable. Esclaviza al que es su víctima. Y, como el esclavo es siempre inferior a su señor, el avaro vale menos que la moneda que le tiraniza. El vil metal es duro, insensible y se hace un verdugo insuperable. Su esclavo es de la misma condición. Entre los apóstoles el único que manejaba la bolsa era Judas y se pervertió. Su corazón se endureció tanto que por treinta siclos miserables vendió a su amantísimo y santo Maestro. El único dios del avariento es la riqueza. Los judíos en el desierto se olvidaron del Señor que les colmó de beneficios y adoraron a un becerro de oro. Desde entonces sacrifican a la riqueza los hombres, las naciones, el mundo entero, y con su sangre y lágrimas amasan sus capitales.

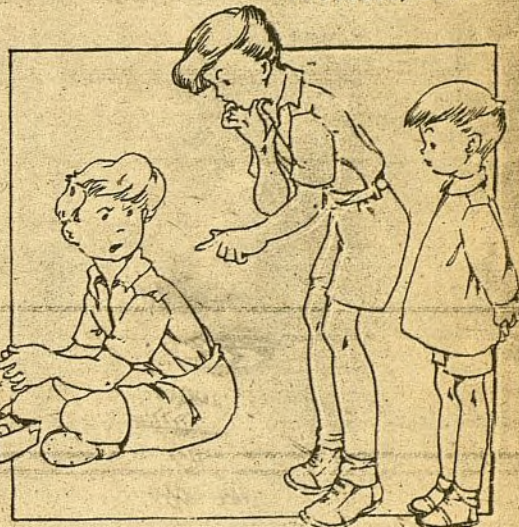
San Antonio de Padua

tra la avaricia, mandó abrir la caja donde el desgraciado rico ocultaba su dinero y allí en aquel montón, que para nada servía ya al difunto, estaba su corazón. Los avariciosos aunque posean mucho, son más infelices que los mendigos. El más rico no es el que más tiene, sino el que se contenta con lo que posee.

Un niño no suele ser ansioso de dinero. Pero si que es avaro cuando acapara los juguetes y las canicas y las fotos y las tiene por tesoros. Las cuenta, las recuenta, las vuelve a contar. Se pone hecho una furia cuando le urgen en ellas. No las presta para jugar a sus hermanos y amigos.

¡Qué pena dan los niños así!  
Su corazón es una canica o una estampa resobada y descolorida.

V. Franco, C. M.



## ATARDECER

Junto a ventana, florida  
la niña borda pañuelos  
la seda salta y se enreda  
en el marfil de sus dedos.  
Tenue luz azul celeste  
baña de azul sus cabellos.

La aguja varita mágica  
dibuja hojitas de trébol  
castillos y ruiseñores  
con plumas de terciopelo.  
Blancas palomas de paz  
traen hebras de oro y ensueños.

De azul que viene de fuera  
de azul que viene de dentro  
de azul del azul del aire  
de azul del azul del cielo.  
Azul de tarde vencida  
de azul embriaga su cuerpo.

Junto a ventana florida  
la niña borda pañuelos  
estrellas madrugadoras  
lanzan brillantes destellos.

Texto y dibujo de Carmelo



## FILATELIA

### Para la Colección de «Glorias Patrias»

Una nueva serie del Caudillo vamos a fijar en nuestra «Colección»; serie interesante y digna de nuestro estudio, como las demás ya reseñadas; y más aún que todas ellas, si atendemos al país que nos la presta: FERNANDO POO.

Detajo de la «gran chepa» de África tiene España algunas bellas islas y un trozo de continente, que ama como a carne de su carne. Es lo que nos queda de nuestro Imperio Colonial ganado a punta de lanza y por nuestra incuria, dejado rotar por nuestros rivales. Pues de estos territorios, que llamamos Guinea Española, nos vienen estos sellos que os presento. Quiero que los coleccionéis con cuidado.

1.º Por su interés: nos traen recuerdos de sellos de nuestro Imperio, por lo que os cascan en su adquisición. ¡Son sellos de porvenir!

2.º Por su interés: guardadlos con cuidado, esta serie y no os arrepentiréis, ya que lo asegura: comprala duplicada y andando el tiempo te dará el triple de lo que ahora invertas en su adquisición. ¡Son sellos de porvenir!

3.º Por patriotismo: todo español, como lo hacen, por ejemplo, los etíopes, debiera coleccionar con especial cuidado los sellos de las Colonias de su Patria.

Alguien ha dicho que es esto una «moda» de los filatelistas de nuestros días. Yo te digo que ello es una cosa muy natural y muy patriótica; y por ser cosa que sale de lo más hondo de nuestros sentimientos, te digo que no es moda que pasa tan pronto como se introduce, sino una muestra del amor a la Patria y que por tanto se dio desde los albores de la filatelia y se dará hasta que ésta (la filatelia) dure por nuestra dicha, entre los hombres.

Mira el sello y jama a tu España jama a su Imperio!

Son tres valores, a los cuales se añadió posteriormente otro valor facial 50 céntimos sólo diferente del anterior del mismo precio en tonos del color.

Aparecieron en 1940.

Effigie del Caudillo, dentado 11 1/2.

5 céntimos color marrón.

40 » » azul.  
50 » » verde.  
50 » » verde gris.

Colecciona con amor estos sellos: repito que no te arrepentirás.

Queda a tu disposición en: Dirección de AFHA (C.F.A. 217) Domingo de la Calzada (Logroño), tu afilmo.

Carpin,

d: la Directiva de AFHA (C.F.A.)







# Gonzalo Jiménez de CISNEROS

## "EL GRAN CARDENAL" Por GONZALO MORÍS MARRODAN



Carlos tardaba en tomar su corona y Francisco I de Francia amenazaba las tierras de Navarra, recién incorporada a la Corona de Castilla. Llevando Cisneros al embajador francés que trata la pretensión de que se le cedieran ciertas plazas de aquella, mandó acuchillar los sacos de oro y desatando el cordel de cáñamo de su hábito le repuso: «Decid al rey que con ese oro y este cordel le tomaré toda Francia», mientras su capitán Villalba derrotaba en los Pirineos al ejército de franceses y navarros que intentaban penetrar en España.



Don Carlos retrasaba su venida a España. Cisneros no se bastaba a convencer enviados del rey: Adriano primero, La Chaux, el barón de Amerstorff, después. El Cardenal reunió el Consejo: «o cesaban aquellas intrigas, les anunció, o él se retiraría a su diócesis, pues el príncipe ya está en edad de valerse solo». Y Carlos decidió volver.



Vencidos los rebeldes nobles, hubo el chispazo final de insurrección: los hijos de los sometidos reuniéronse en el pueblo de Villafrales y, con vilipendio, arrastraron por el pueblo un pelele vestido de cardenal.



Si ellos querían resucitar sus privilegios feudales, Cisneros les atacó a lo feudal también: Villafrales fué cercada por las tropas del Regente; incendiada, arrasada, aradas sus ruinas y sembradas de sal: de aquel árido solar nació la grandeza de la monarquía española.



Va venir el Rey de las Españas: Cisneros y el Consejo partieron hacia Aranda de Duero donde por última vez hallase al difunto Fernando y en el cual pueblo esperaba encontrar a su sucesor. Mas todavía en este último momento el infante don Fernando, hermano del rey, trató de apoderarse de la corona. El Cardenal se lanzó contra él y rodeó la ciudad que se había hecho fuerte dejándole vigilado hasta la llegada del hermano. Era mucho esfuerzo para su edad. Enfermo.



La noticia se corrió por España. Los nobles en ella y los moros en Orán intentaron el último asalto a su obra: desde el lecho dirigió la derrota de los Girones, revoltosos aristócratas y castigó duramente a los infieles.



# EMPLE DRAZA

Corría el mes de diciembre de 1491. La ciudad de Granada se consumía, asfixiada por el duro cerco a que la tenían sometida los Reyes Católicos, firmemente decididos a poner punto final a la magna obra comenzada por Peláyo, siete siglos atrás en las montañas de Asturias. Granada habría de ser el epílogo de la epopeya cuyo prólogo fue Covadonga.

Entre la multitud de caballeros que acompañaban a los reyes Fernando e Isabel en la campaña de Granada, figuraba el valeroso manchego Hernán Pérez del Pulgar, de recia mano en la pelea y fácil pluma en el ejercicio de las Letras, que a él se deben las mejores crónicas del reinado de los Reyes Católicos.

Pues sucedió que, en una de las reuniones que se organizaban en el campamento para distraer en parte las durezas de la campaña, el caballero del Pulgar, juró por su Dios y por su honor, que él entraría en Granada y dejaría una prueba patente de su fe cristiana y su valor en el sitio más visible para los sitiados infieles.

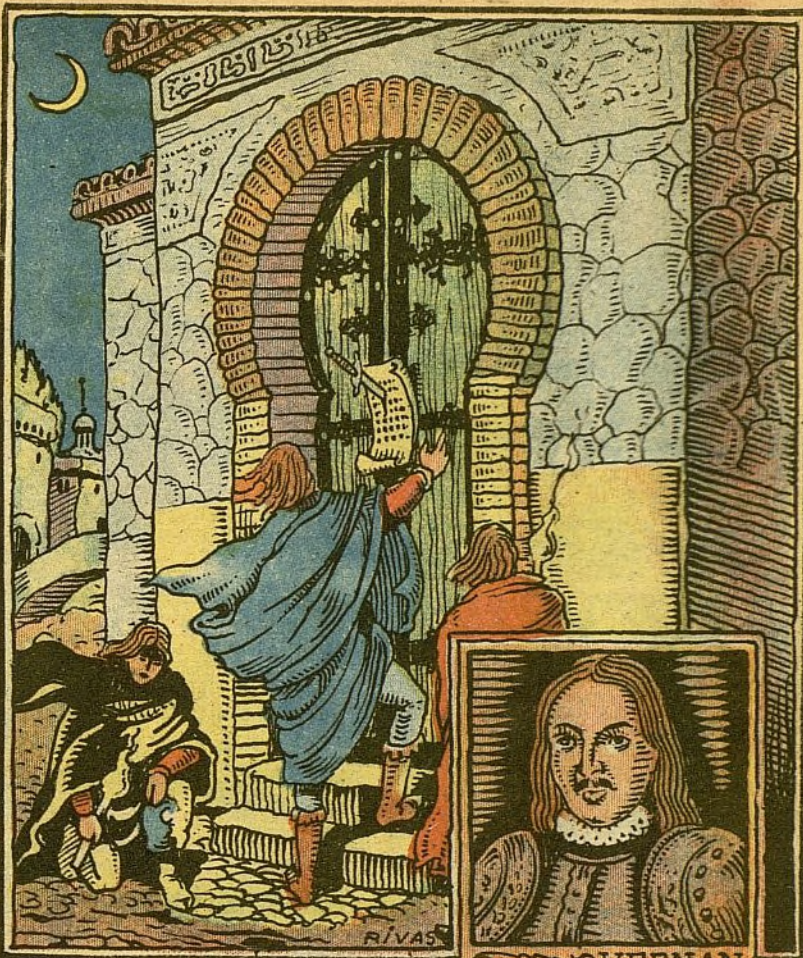
Y al anochecer del día 18, llegó a las puertas de Granada el valeroso Hernán, con varios esforzados amigos que quisieron compartir con él los peligros de la empresa y que a la par servirían para dar testimonio de la hazaña y del cumplimiento de lo jurado.

Después de atravesar el puente del Genil y de quedar unos cuantos emboscados en un sitio escabroso, Pérez del Pulgar, acompañado solamente de dos caballeros, penetró en la plaza sitiada, burlando la vigilancia de los centinelas y dirigiéndose hacia la Mezquita.

Una vez llegados, con precaución, pero sin los apresuramientos que da el miedo, encendieron unos hachones que llevaban a prevención, e hincando la rodilla en tierra, invocaron el dulce nombre de la Madre de Dios. Luego sacando Pulgar de su escarcela un pergamino donde estaban escritos el Ave María, el Credo, el Padre Nuestro y la Salve, lo clavó fuertemente con su daga en la puerta de la Mezquita.

Consumado el hecho, apagaron las luces y volviendo sobre sus pasos, llegaron a donde aguardaban los demás compañeros y ya perseguidos por las guardias moriscas, que habían presenciado algo del extraño espectáculo, regresaron todos salvos al real del campamento cristiano.

Y esta fue la hazaña legendaria de Hernán Pérez del Pulgar, que si bien no tuvo resultado práctico material alguno, al decir de muchos comentaristas del hecho, manifiesta una gran fortaleza de espíritu, tan grande, que sólo con hombres así se concibe que se hiciera la Reconquista. Y esos hombres así, eran españoles.



EL FLECHA  
GUERRERO

## EN UN PAIS DE QUIMERA





# Manolo FERNÁNDEZ CUESTA

## Del biberón a la FAMA

Después de «Flechas y Pelayos»—la dama de vuestros sueños infantiles—es seguramente «Marca» la revista que con más interés e impaciencia esperáis todas las semanas. Por ello esperamos que el «biberón» de hoy sea uno de los que con más agrado, o mejor, con menos desagrado, acójais. Que es Manolo Fernández Cuesta el inspirador y creador de este hebdomadario (¡al diccionario, nenes!) deportivo y el protagonista o víctima de nuestra entrevista de hoy. Mas, encáminemonos al grano, que no lo es de años precisamente.

—¿Quieres decirme, querido Manolo, dónde y cuándo naciste?

—Con mucho gusto, caro Duendecillo. Nací en Toledo, el día 15 de octubre de 1899. Y vine al mundo en la Ciudad Imperial porque mi padre era a la sazón médico del Manicomio Provincial. Ah, y me bautizaron en la iglesia de San Salvador, en la misma pila en que siglos atrás lo hicieran con el insigne Francisco Rojas Zorrilla.

—¿Cosa muy plausible y cuyas agradables consecuencias nos toca hoy disfrutar. Pero a pesar de tu pila letrada, cometerías muchas travesuras, ¿no?

—La primera fué de pequeña y consistió en tirarme al patio desde los brazos de mi niñera, que estaba asomada a una ventana. Ello me ocasionó la rotura de un brazo. Otra que recuerdo, ya de mayor, fué una «bronca», con «leña», que tuve en la Plaza de Toros con un compañero de tendido, porque él era belmontista y yo gallista. Y lo curioso del caso fué que el obcecado espectador era mi hermano Nemesio, que hoy se encuentra en la División Azul de comandante de caballería.

—¿Recuerdas tus primeras aficiones?

—El periodismo y la música. Pero antes te voy a contar que la primera salida que hice de casa, fué para visitar—me entraron por el tornó—el convento de las Agustinas, del que era superiora mi abuela, doña Vicenta Porta, que al enviudar de don Raimundo Fernández Cuesta, se retiró del mundo. Yo fui desde entonces «el niño de las monjas», con todas sus consecuencias, entre ellas, ser monaguillo. Mi vida fuera del convento, consistía en estudiar bajo las órdenes de mi madre y pasear un pantaloncito exageradamente corto y una cabeza «pelada» más de lo conveniente. Todo ello se debía a que mi padre odiaba el pelo largo y los colegios, como cumplía a su

condición de higienista fin de siglo. A los nueve años fundé un periódico titulado «Sante Chaire», que repartí entre los vecinos, diez en total, y me valió la bonita suma de diez duros, importe de la suscripción mensual de cinco pesetas que valía aquella publicación, hecha con imprentilla de juguete. Pero enterado mi papá me hizo devolver los cuartos, pues además de higienista era muy severo. Mi primera composición musical fué un pasodoble titulado «Kikiriki» dedicado al «Gallo», que estrenó la Banda del Hospicio en la Plaza de Toros de Madrid. Pero yo no sé ni he estudiado música. Mi padre me aconsejó hacerme médico

y eso estudié. El periodismo lo practico desde estudiante. En «El Imparcial» me «hice», después pasé a «Estampa» y me sorprendió la guerra en Valladolid, empezando allí a escribir con el seudónimo de «Manuel Talavera». He sido soldado falangista y he estado un año en el frente. Después y tras de ocupar varios cargos oficiales, fundé la revista «Fotos» el día 25 de febrero de 1937 y a año más tarde «Marca», de la que soy director.

—Bueno; déjame que hable yo un poquito. ¿Qué te gustaría ser de no ser lo que eres?

—Músico. Autor de obras en que la letra y la música fuera mía.

—Sí, algo así como Ricardo Wagner.

—Me conformo con un Chueca o Chapí.

—Castizo que eres. Y dime ahora; ¿te gustaría volver a ser niño?

—Me encantaría. Pero sabiendo lo que sé hoy y sin «pelarme» al cero.

—Ya va la penúltima. ¿Lees cosas infantiles?

—Leo las revistas de chicos y te confieso que ello y las películas de dibujos animados juntamente con los tontos del circo, son de las cosas que más me gustan de este pícaro mundo.

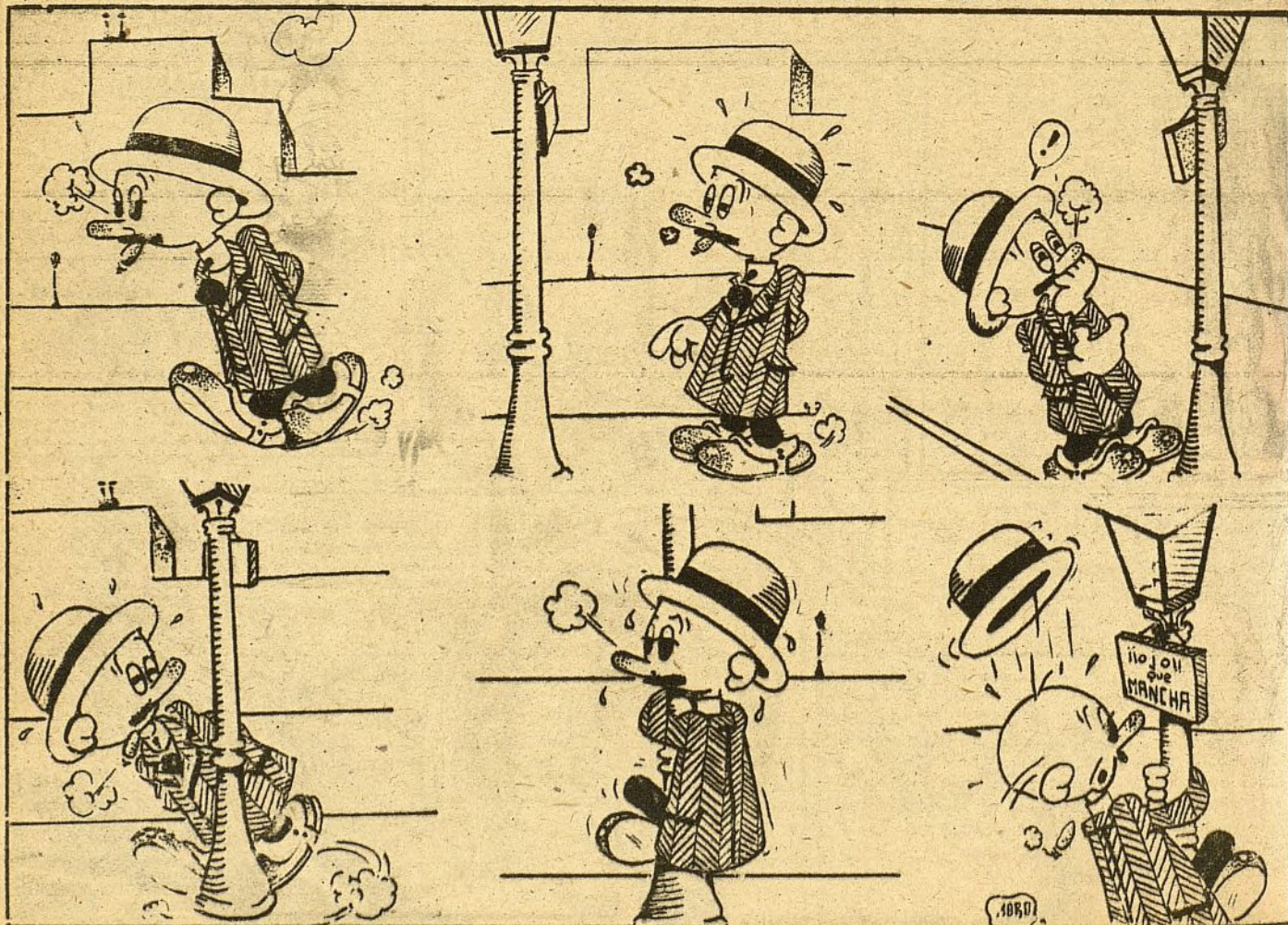
—Bueno; pues yo procuraré hacerte una peliucita de esas, ya que el tonto de circo no sé hacerlo. Y ya te dejo, no sin antes agradecerte en nombre de los «peques» tus amables y simpáticas palabras.

Y nos despedimos de la eterna sonrisa de Manolo Fernández Cuesta, graa camarada, y no decimos «gran simpático», por respeto a su condición de galemo.

Duendecillo



## MIRAD CÓMO SE DESPISTA UN SEÑOR CORTO DE VISTA





# San José de Calasanz

## ¿Qué quieres saber?

En Peralta d la Sal nació e maestro de los niños pobres y fundador de las Escuelas Pías, San José de Calasanz. Siendo aun muy niño demostró la gran devoción que sentía por Nuestra Señora, hasta el extremo, de que al reunirse con otros niños, lejos de dedicarse a los juegos propios de su edad, les predicaba de Ella, por lo cual le llamaban el Santo.

Después de graduado en Filosofía, derecho canónico y civil en la Universidad de Lérida, cursó en Valencia Teología. Ordenóse al fin de sacerdote. Actuó como secretario en las Cortes de Felipe II en Monzón.

Sintióse movido este varón de Dios de ir a Roma. Allí el Señor le mostró su voluntad al ver cierto día que unos muchachos, después de golpearle bárbaramente, prorumpían en blasfemias y maldiciones. Fué entonces cuando oyó aquellas palabras del Salmo «Para ti queda reservado el cuidado del Pobre». Púsose de acuerdo con el párroco de Santa Dorotea, que le ofreció su casa para escuela

de niños necesitados. Así dió comienzo a sus Escuelas Pías.

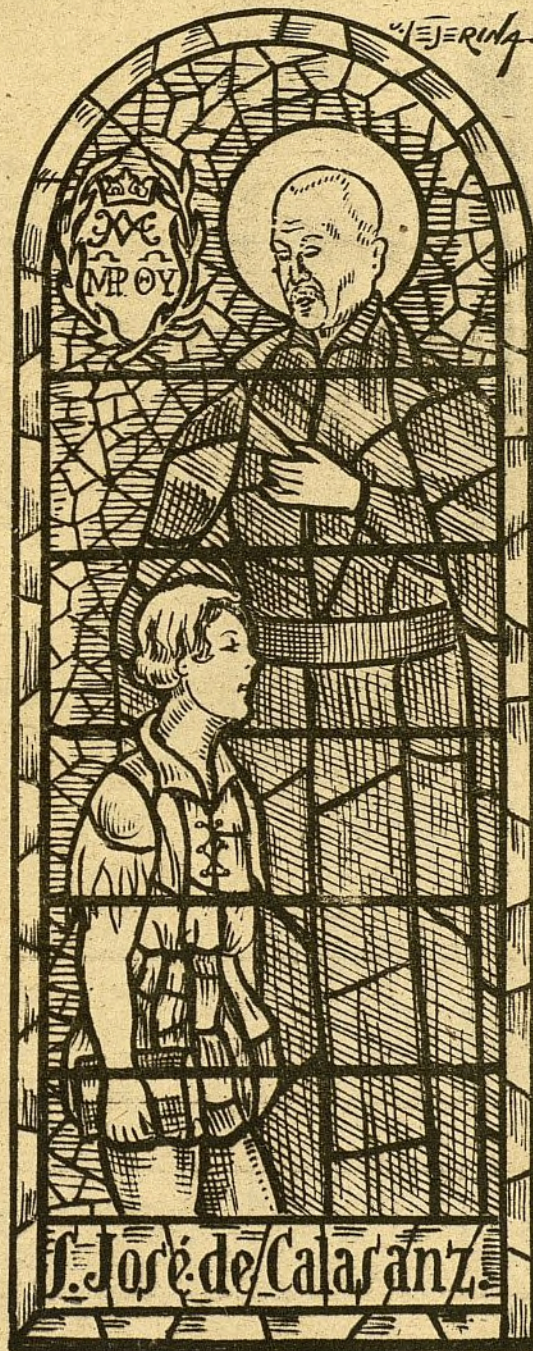
Grandes fueron las contradicciones que hubo de vencer para llevar a cabo tan santa obra.

Procuraron apartarle de su propósito ofreciéndole hacerle obispo y cardenal.

Vióse después abandonado de los primeros compañeros que tuvo y no solamente fué calumniado sino que hasta le faltó sitio para la escuela. Estos impedimentos fueron vencidos con el favor de Dios.

Una vez que tenía ya aprobada la nueva Religión por Gregorio XV, e ilustrada con multitud de varones nobles y santos y extendida por casi toda la cristiandad, fué depuesto del Generalato y reducida su Religión a Congregación de sacerdotes seculares. y dijo como el Santo Job: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó, sea bendito su santo nombre». Y el Señor en premio a tan pacientísimo hijo, le adornó con soberanas revelaciones y dones de profecía y estupendos milagros, ya que daba la salud a los enfermos y a los difuntos la vida, por quienes hacía el Santo oración.

Alcanzó al fin la gracia de morir en la cruz de los trabajos y persecuciones, descansando en el Señor a los noventa y dos años. Después de su muerte cumplióse la profecía que hizo diciendo que no perecería su Religión, la cual fué reintegrada por Clemente IX.



Texto y dibujos de Diego Tejerina



a mari-Chari malter  
con un millón de  
besos mari-Pepa

si a tí te irá bien. Te abrazo muy fuertemente.



cabe un dibujo, os mando el modelo de peinado y además os envío cuatro vagones de besos.

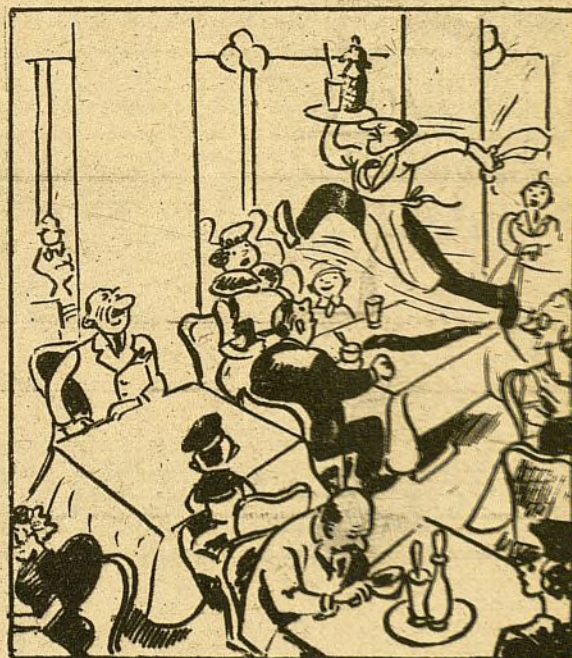
Mari-Pepa

Mari-Chari Malter, (Madrid). — Cuando empecé a leer tu carta donde me decías que eres alemana y hacía tres días que acababas de llegar de Berlín me quedé «turulata» al ver lo bien que escribes el español. Claro que luego, al saber que tu mamá es española me expliqué todo perfectamente. Te dedico mi foto y doy tu encargo. ¿Viste los dos cuantos míos que salieron por Navidades? Ya por mis historietas semanales sabrás de mis andanzas y aficiones. La bicicleta y la natación son por ahora mis dos deportes favoritos. Mari-Chari encantada del saludo especial. Yo te devuelvo el tironcito de pelo y te envío un submarino de cariñosos besos y abrazos.

Eulalia Mesequer, (Alicante). — Aquí va mi foto dedicada pero no puede ser tan grande como deseas. He procurado que sea con un vestido bien elegante, pero, como tú eres mayor que yo no sé



Para tu mamá me  
seguir, con todo el  
cariño de  
mari-Pepa



El camarero (campeón de salto):  
— ¡Voy en seguida, caballero!

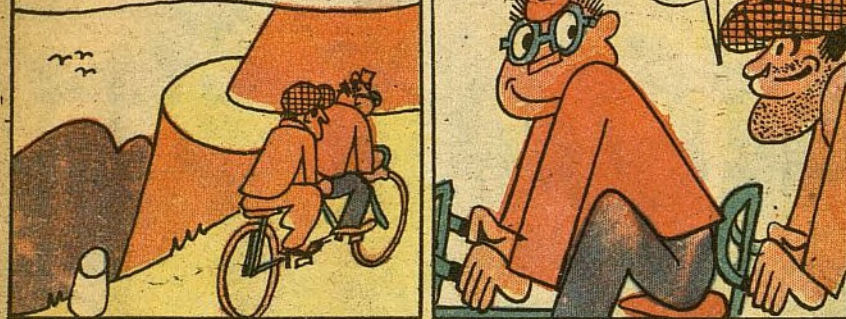


— Oiga, vecino: ¿me presta usted su radio?  
— ¿Piensa dar una fiestecita?  
— No, pienso pasar una noche tranquila.



# EL GANGSTER PAT O'SHO

(CONTINUACIÓN) PAT O'SHO Y "TIMORATO" SE DIRIGEN A VILLAPÉZ DEL MAR MONTADOS EN UN HERMOSO "TANDEM".



¿NO HUELES A MAR "TIMORATO"? ES DELICIOSO. ME PARECE QUE SÍ!



MIRA QUE HERMOSA "TIMORATO". ¿NO TE EMBARGA UNA EXTRAÑA SENSACIÓN?

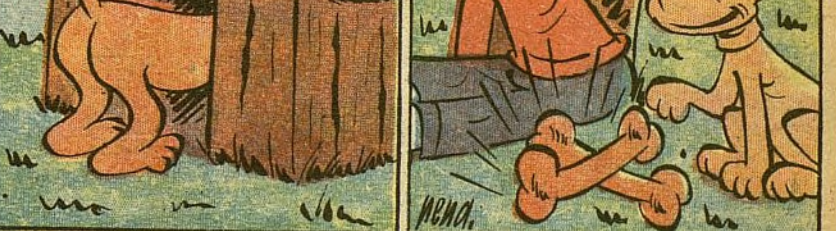


¡YA LO CERO QUE ME EMBARSA! EN EL ESTÓMAGO, ¿VERDAD? ES QUE LLEVAMOS DOCE HORAS SIN PROBAR BOCADO. YA TENEMOS A NUESTROS BANDIDOS DE VIA ESTRECHA EN SU RETRAÍDO VERANEO... (CONTINUARA)

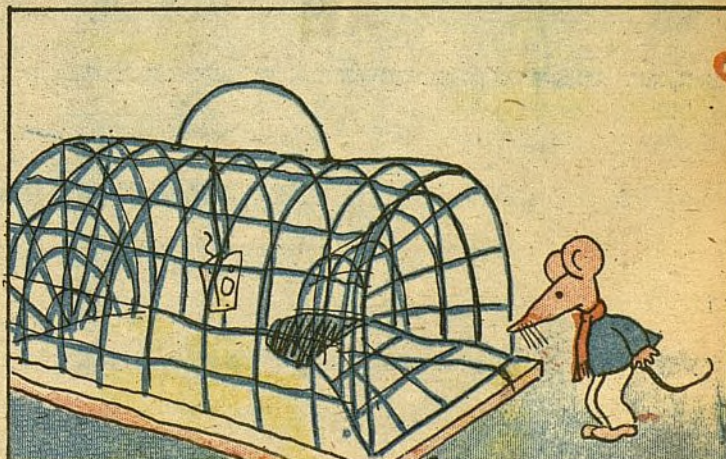
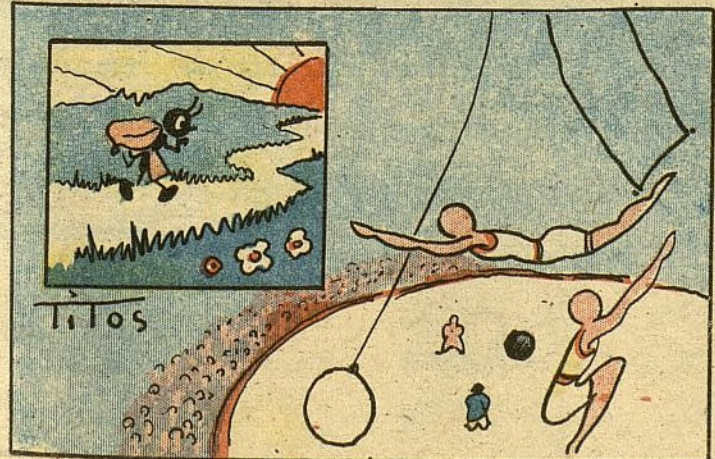
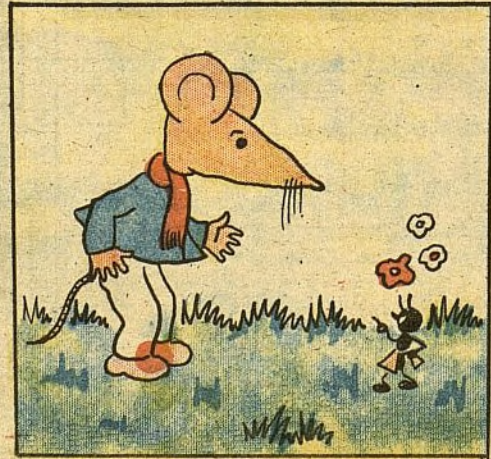
# ESCENAS de BESTIAPOLIS



# ¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN!!...AQUÍ CATAPÚN CHINCHÓN



# LA GRAN AVENTURA DE PERECITO.



—Ah! ¿Eres tú?— Venía a ver si habías logrado salvarle—le respondió la hormiga— y por si podía servirle en algo. Perecito rió estrepitosamente. —¿De qué se ríes?— Que me hace gracia tu petulancia. Soy el protegido del elefante; no te digo más. Suponte lo que significará para mí tu ofrecimiento... y vete. Me puede desprestigar el que me vea al elefante hablando con un animal tan insignificante como tú. —Muy orgulloso eres. ¿Ya no recuerdas que fui yo quien te aconsejó

que salieras del sumidero para salvar tu vida? —Bah, bah, bah!... Lo mismo me habría salvado sin tu consejo. ¡Vete! ¡Vete! Están mirando los demás animales y se burlarán de mí. Y de aquí en adelante, como si no nos conociésemos. No me conviene tu amistad. —Bien está; así lo haré. Y la hormiguita,

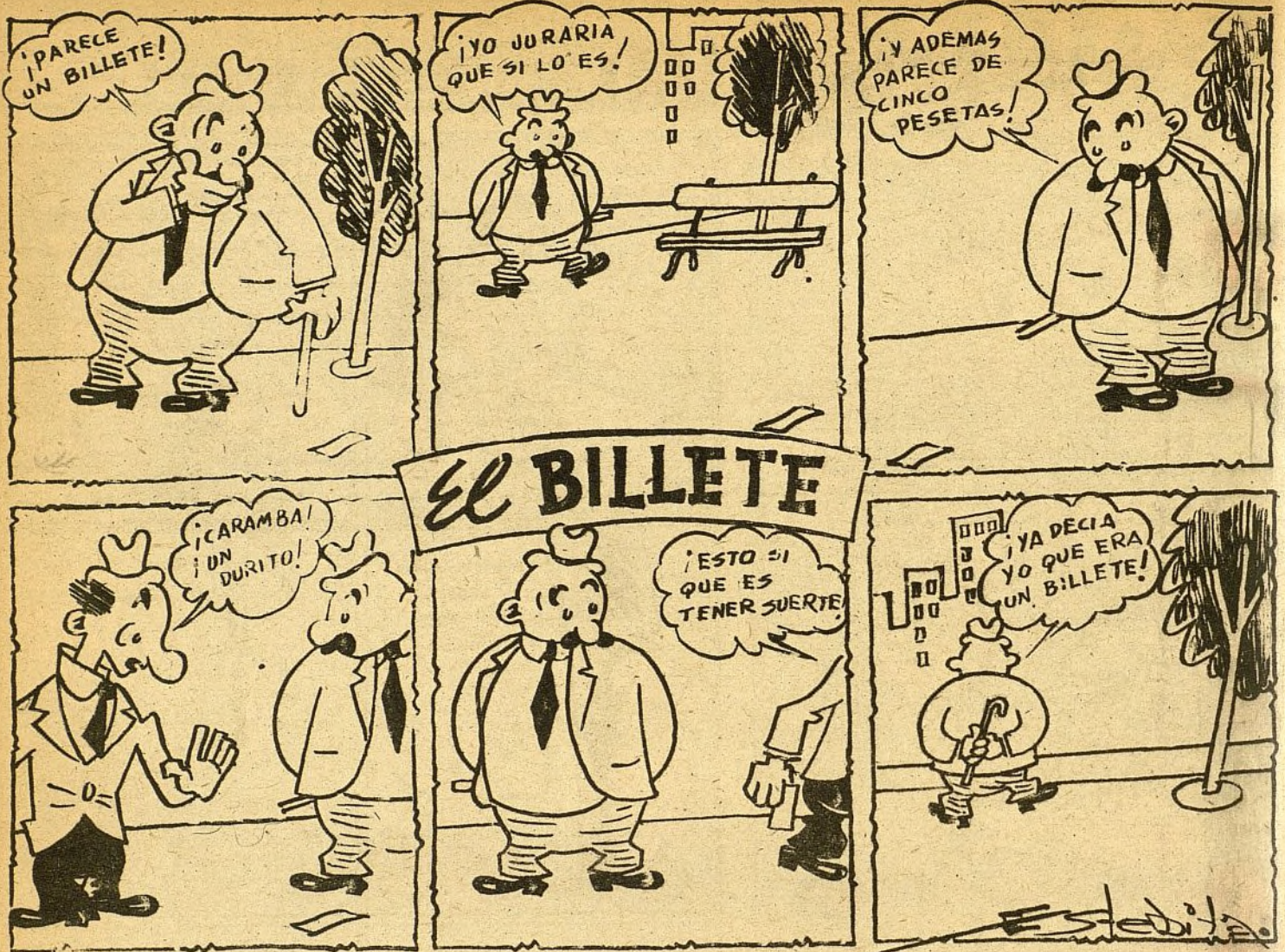
compungida por el desagrado de Perecito, desapareció entre la paja en busca de sus amigos. A la noche el circo se iluminó profusamente. Perecito se ocultó bajo una grada y pudo presenciar un grandioso espectáculo de todos aquellos animales

amaestrados, de aquellos hombres que se lanzaban por el aire desde un trapico en busca de otro. Terminó la función. Perecito esperó, por prevención y costumbre, a que todo quedara en tinieblas y en silencio; salió de su escondite y fue a felicitar a su amigo el elefante, que agradeció sus elogios. Perecito se retiraba tranquilamente a dormir, pero notó que el hambre le fastigaba. Era natural; durante el día, las emociones no le habían dado

tiempo para pensar en una cosa tan indispensable como es el comer; pero ahora, ya tranquilo, el cuerpo reclamaba tal requisito. Buscó por todos lados sin encontrar más que residuos de carne, huesos pelados, paja seca... Por fin descubrió un trocito de queso. Estaba colgado de un ganchito dentro de una pequeña jaula que tenía la base de madera y el resto de alambre.

(Continuara).

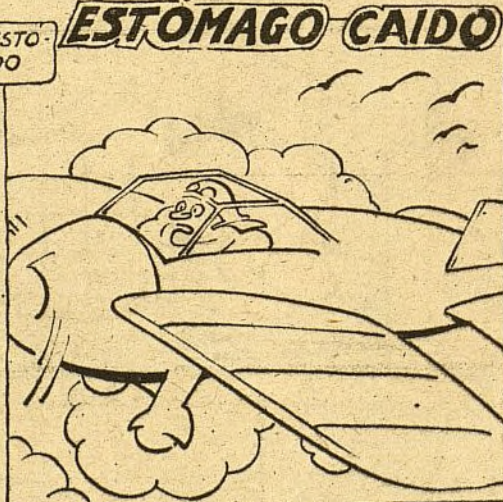




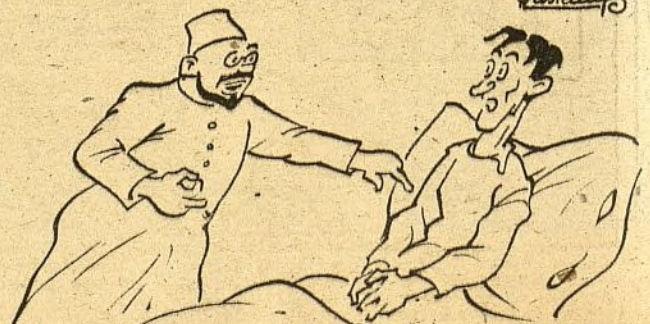
CARAMBA, CHICO, TIENES MAL SEMBLANTE

TENGO EL ESTOMAGO CAIDO

**ESTOMAGO CAIDO**



YO ERA AVIADOR. UN DIA MI APARATO SUFRIÓ UNA AVERÍA Y TUVE QUE LANZARME CON EL PARACAIDAS....



Y ALLÍ EL DOCTOR ME DIJO QUE TENIA EL ESTOMAGO CAIDO



# EL MAR ESTA LLENO

## de ESTRELLAS

por Gloria Fuentes

Había anochecido. Carmela y yo subíamos una montaña de las muchas que cogidas de sus faldas formaban la cordillera. Cuando estábamos arriba, no sabíamos qué color mirar: si el azul del cielo o el verde del mar. Por el interminable techo, nubes pequeñas, graciosas, redonditas, iban lentas no sé donde. Por el mar, olas inquietas iban lentas a buscar niños a las playas para jugar con ellos. Y se nos hizo muy de noche, como en los cuentos. El viento iba y venía sobre nosotras, silbando una canción desconocida.

—¿Te da miedo?—me preguntó mi amiga.

—No; ¡qué va, estoy muy bien! ¡Qué noche, qué estupendo haber subido hasta aquí! Siempre que llegué hasta este alto, fué de día. ¡Qué buena ocurrencia han tenido nuestros pies en darnos este paseo! Si hubiese traído un lápiz y el cuaderno y si la luna me diera más luz, escribiría cosas como Jorge, el poeta del pueblo.

Carmela se reía de mí, y yo, sin enfadarme.

—¡Vamos a hacer versos! ¡Venga!

—Noche..... Montaña..... Cumbres..... España..... Silenciosa soledad..... Está lleno de estrellas el mar.....

Interrumpí la improvisada poesía, que sin pluma y papel estábamos escribiendo sobre la noche. Con cuidado, apoyándonos en las rocas, nos asomamos sobre ellas para ver de nuevo el mar, y, ¡asombros! como decía Carmela en su verso, el mejor de todos..... El mar estaba lleno de estrellas. Miramos al cielo y no había ninguna. Asustadas y temerosas volvimos los ojos al mar, y vemos que sí, que allí estaban todas las estrellas.

—¿Qué estamos viendo. Carmela? ¿Tú ves alguna estrella en el cielo?

—No; ninguna.

—¿Y cómo no hay estrellas, si no está nublado? Se fueron todas las nubes, el cielo es azul. Mira qué clara es la noche; ¿qué será? Mira la luna, ¡sonríe! ¡Oh! Se está riendo de nosotras. Ella lo debe saber; ella tendrá el secreto de por qué esta noche no están las estrellas en su sitio. Luna, ¿qué ha pasado?

Esperábamos su respuesta, cuando se nos apareció un viejecito, con una barba del color de la luna y unas manos igual de blancas pero muy arrugaditas, llenas de arañazos azules, que eran sus venas; una de ellas descansaba en un bastón y todo él temblaba, de un frío que nosotras no sentíamos; del frío de los años, temblaba el viejecito. Se acerca a nosotras; su figura despedía luz. Sonriente, nos dijo:

—Mirad; la luna dejó de estar alegre y ella mejor que nadie, como yo, sabe lo que ha pasado esta noche con las estrellas; ha oído vuestras preguntas y está llorando luceros, por no poderos contestar; la pobre luna no puede hablar, no tiene voz; sólo tiene luz. Sentaos ahí, pequeñas, y veréis por qué el mar está lleno de astros; os lo voy a contar, que a eso es a lo que vine y es lo siguiente: Ayer dijo el mar a la noche:

—¿Quieres ser mi amiga? Soy fuerte y poderoso, estoy lleno de peces y adornado de barcos. A mis pies tengo perlas como manzanas, corales como rosales, peces pintados, barcos hundidos cargados de oro y tengo marinos muertos, casados con mis sirenas vivas.

Desde arriba la noche arreglaba sus luceros, mirándose en el espejo de sus olas.

—Todos mis tesoros, te ofrezco, noche—le dijo el mar—a cambio sólo te pido tu amistad.

La noche contestó:

—Desde hoy, mar, seremos grandes amigos y haré que te amen mis estrellas.

—¡Oh! ¿Pero tienes estrellas? ¿Son tuyas las estrellas?

—Sí.

—No lo sabía; creí que eran del sol que atormenta a mis olas. ¿Con o me gustan las estrellas y los luceros?

—¿Cómo me

gustan los peces, los arbolitos de corales y las perlas!

Y suspiraba la noche. Y sollozaba el mar.

—Para ser feliz, necesito tener estrellas—decía.

—Para ser dichosa, quiero tener peces—pedía la noche.

Y esta tarde se estaban mirando los dos a los ojos; el cielo estaba adornado de una muchedumbre de luces. Y propuso el mar, encendido de peces rojos:

—Te cambio tus estrellas por mis peces.

La noche no pensó y le dijo que no. El agua sin fin, intentó insistir.

—Te cambio mis tesoros y mis perlas por tus luceros, por tus estrellas.

Y volvió a insistir. La noche lo pensó y le dijo que sí; después soltó sus estrellas.

—¡Lo que os habeis perdido, niñas, por salir tarde de casa!

¡Lluvia de estrellas ha habido!

Les pregunté:

—¿Dónde vais?

—¡Al mar! ¡al mar!

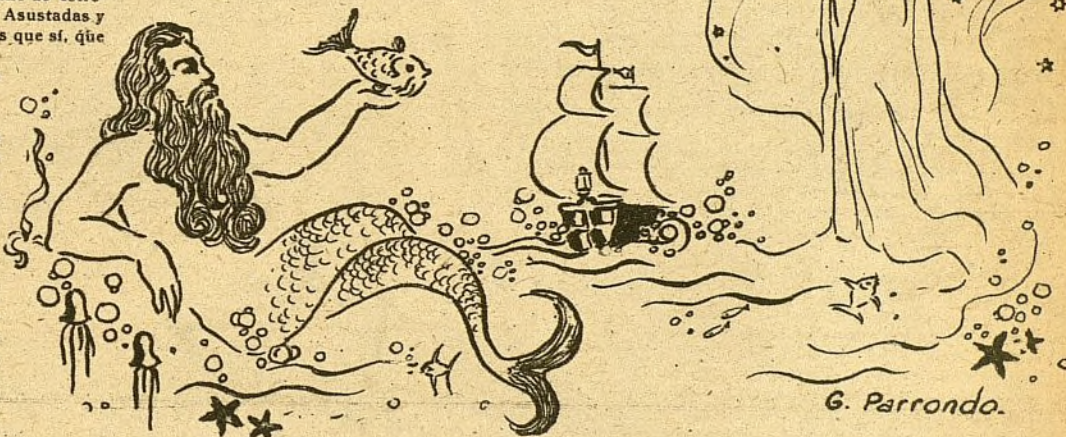
Y se entraron en las olas.

—Pero ¿qué cuento nos está usted contando?—dijo Carmela más atrevida que yo, al viejecito. El cielo no tiene estrellas y no diga usted que bajaron al agua. ¡Lluvia de estrellas! Si son más grandes que la bola del mundo ¿cómo iban a caer y a caer en el mar?

¡Qué serio se puso el viejecito!

—Niña, ¡no me entristezcas!

Es verdad lo que os he contado. ¿Quién te ha dicho a ti que



G. Parrondo.

las estrellas son tan grandotas? No es eso; son así, como las veíamos antes, pequeñitas, como luces, como bombillas, como vilanitos relucientes; así lo leí en unos versos.

—Pues a mí los astrónomos me han dicho que son más grandes que la tierra.

—Y los astrónomos ¿qué saben de poesía?

—Bueno; no discutir—dijo yo. Calla, Carmela; siga usted, señor. Se había quedado en que las estrellas se entraron en el mar.....

—Sí, y éste se había burlado de la noche. Sí, la ha engañado; no piensa cumplir su palabra, de darle un pez por cada estrella y una perla por cada lucero; el poderoso y ambicioso mar, ha engañado a la indefensa noche. ¡Pobrecita, la ha dejado sin estrellas! Y ella espera inocente verse llena de peces.

Y se fué el viejecito de la barba de luna.

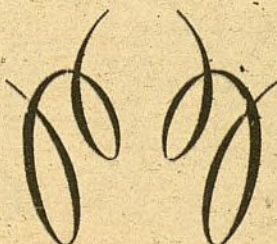
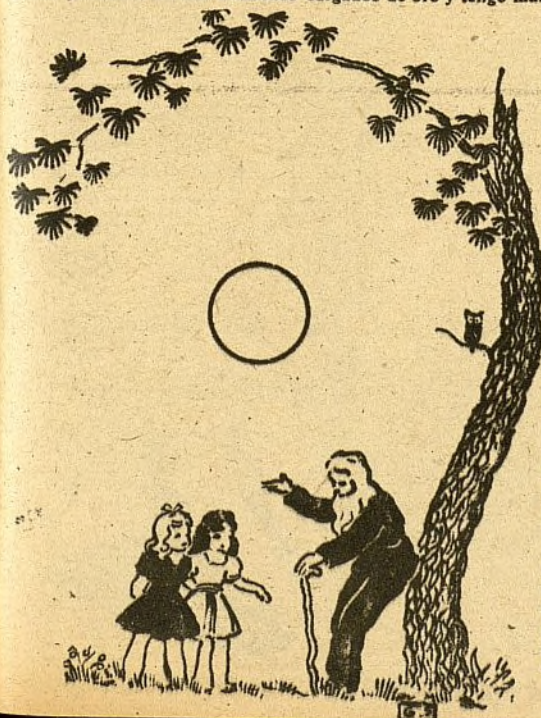
Bajamos del monte silenciosas; a la derecha las rocas eran acariciadas por las olas menudas. Mi amiga y yo íbamos sin dejar de mirar las estrellas del mar, que salpicaron el agua de luces; cada vez había menos. ¿Se iban ahogando o era de pena de lo que se morían? El mar ni las dejaba salir ni mandaba sus peces hacia el cielo.

Ya bajamos. Al cruzar la playa, unas gotas nos deshicieron los lazos del pelo.

—¡Corre, que va a llover!

Y corrimos hacia el pueblo, donde nuestras madres charlaban haciendo punto de media, mientras nos creían estudiando. ¡Que Dios nos perdone esta travesura!—dijimos a coro.

Cuando entrábamos alegres, de puntillas por el portal, la noche lloraba por todas sus estrellas.





SIN RUMBO

osé Antonio, Santiaguín, sus amigos y yo nos encontramos en un terribilísimo aprieto. Resulta que nuestras piraguas habían desaparecido de la playa donde las dejamos, que la hora de comer se aproximaba y nosotros no teníamos medio de regresar a la Concha donde nuestras familias estarían aguardando.

—Tendremos que quedarnos para siempre en la isla—aseguró Santi con resignación.

—¡Imposible, hay que discurrir algo!—exclamó el «Capitán Tortuga», que, como sabéis, era el nombre que mi hermano había adoptado para el juego de piratas. Y comenzó a mirar fijamente un punto lejano, allá en la bahía.

—¡Aquellas son!—gritó al cabo de un rato, señalando con su mano—¡aquellas son nuestras piraguas! El oleaje las ha ido empujando hacia la costa...

—¿Cómo recuperarlas?—se preguntaron consternados todos los chicos. Ninguno de nosotros sabe nadar tanto como para ir tan lejos.

—¡Si siquiera estuvieran a la distancia de ese balandro!—se lamentó Santi mostrando

uno que había anclado muy cerquita de la isla. Hasta ahí me atrevería a ir yo.

—Y yo, si José Antonio me dejara apoyarme en su hombro—aseguré.

—¿De verdad que te atreverías a ir nadando hasta el balandro?—exclamó José Antonio con la cara radiante de alegría. ¡Pues entonces estamos salvados!

—¡Hurra! ¡Hurra!—gritamos todos llenos de alegría sin saber aún en qué consistía nuestra salvación.

—Veréis—comenzó a explicar el «Capitán Tortuga»—el balandro está anclado y con las velas recogidas. Sus dueños deben estar en tierra y es de suponer que, si conocieran nuestra angustiosa situación, se prestarían muy gustosos a ayudarnos. Pero como no pueden saberlo, y nosotros desde aquí no podemos preguntarles si nos lo prestan un momentito para ir a buscar nuestras piraguas, pues... prescindiremos del permiso y nos echaremos al agua hasta llegar a él.

Apenas pronunciadas estas palabras ¡plum! los ocho nos zambullimos en el mar, nadando en dirección al balandro. Yo ayudada por mi hermano mayor, y con bastante miedo, esa es la verdad, aunque procuraba disimularlo para que no dijeran que si las chicas somos así o de la otra manera... Felizmente llegamos a la embarcación y, con no poco esfuerzo, subimos a ella. Allí comenzaron los chicos a presumir de marineros.

—¡Eh, tú, iza la vela!...

—¡Vosotros ayudadme a sacar el ancla!...

—¡No os vengáis todos para aquí que el barco se inclina demasiado a estribor!...

—Yo no me tengo—Pues siéntate y tónalo imperioso.

Después de mil pro la blanca quedó tendi del mar chorreando rección a la costa y fa alcance de las pira-

de pie con el balanceo—dije a mi hermano, aguarda—respondió José Antonio con

baturas y esfuerzos, la gran veda y el ancla salió del fondo agua. El viento soplaba en di-vorecía nuestro plan de ir al guas que las olas empujaban en el mismo sentido.

—¡Hurra, hurra!—gritamos todos al ver la vela inflada por el viento.

El balandro comenzó a avanzar suavemente, subiendo y bajando al compás de las olas. Así navegamos unos instantes. Después la brisa se encalmó y permanecimos quietos.

—¡Calma chica! exclamaron los chicos que sabían mucho de términos de mar por las novelas de aventuras y las películas de viajes.

—¿Y eso qué es?—pregunté extrañada.

Si dura mucho, la muerte—contestó uno de los chicos poniendo cara de ciprés.

—¡Oh, yo quiero

volverme a casa!—exclamé empezando a llorar.

Pero de pronto recordé que yo no era una niña sino el valiente pinche de la tripulación al que ni siquiera la cebolla debía hacer saltar las lágrimas. Y sequé con el reverso de mi mano las que pugnaban por salir. En esto... ¡oh, qué terrible ráfaga de aire envolvió a nuestro barco y le hizo virar en redondo! Con espanto, vimos cómo el balandro comenzaba a navegar a una velocidad vertiginosa, llevado por el viento en dirección opuesta a la playa.

—Hay que cambiar de posición la vela—dijo el «Capitán Tortuga» malhumorado. Si no sabe Dios hasta dónde nos llevará el huracán!...

Todos los chicos se pusieron a maniobrar, pero su buena voluntad era mucho más grande que su experiencia y de nada sirvió cuanto intentaron.

La playa iba quedando cada vez más lejos. Sin rumbo, el viento nos llevaba mar adentro, inclinando peligrosamente el balandro a uno u otro lado.

Todos permanecíamos mudos. Estoy segura de que los chicos sintieron también miedo en aquel instante; pero ninguno se atrevía a con-

esarlo.

—Si el viento no cambia, estamos perdidos—murmuró entre dientes mi hermano.

—Pues lo que es yo—dije gimoteando—no creas que es que tengo miedo, no, pero me está dando una cosa así... por toda la espalda... que de buena gana... me echaría a llorar...

—Y yo—dijo Santi.

—Y yo...

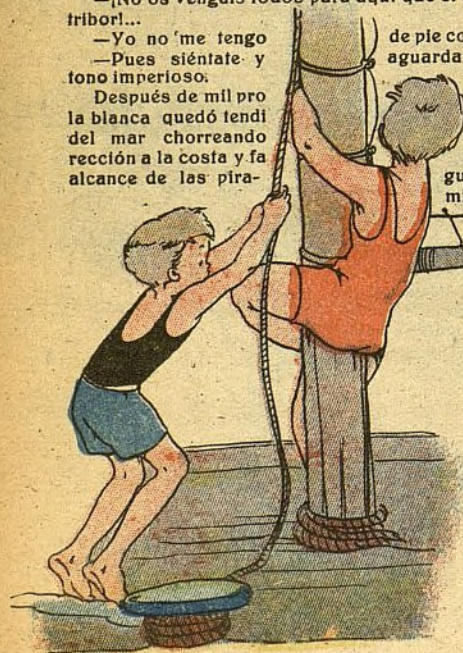
—Y yo...

Todos los chicos, uno tras otro, comenzaron a berrear haciéndome coro. Felizmente un vapor pesquero llegó a tiempo de recogerlos y devolvernos sanos y salvos a tierra.

Y con esta terribilísima aventura se nos quitó para siempre el deseo de jugar a los piratas.

—¡Hay tanta agua por allí lejos!—me decía Santiaguín todavía con el susfo dentro del cuerpo.

Mari-Pepa





# El príncipe insatisfecho

Aprovechándose del emisario, cuyo rencor hacia el príncipe seguía latente en su corazón, le encargó que a media noche, cuando fuera dada por sus ejércitos la señal de tregua, se disfrazase, valiéndose de las ropas de uno de los guerreros del príncipe que habían muerto en su terreno, y al amparo de las sombras, clavase su puñal en el pecho del valeroso joven.

El emisario, satisfecho de poder vengar la afrenta recibida, consintió inmediatamente en ejecutar el plan propuesto por su señor. Y luego que hubieron sonado los cuernos pidiendo tregua, y fueron contestados por los clarines del príncipe aceptándola, disfrazóse y salió del campamento.



La luna en menguante apenas alumbraba la tierra. Arrastrándose como una babosa sobre ella, el emisario, entró en el campo enemigo. La mayor quietud y silencio reinaban por doquier. Los guerreros agotados por las interminables horas de lucha, reposaban de confianza. Sólo los centinelas velaban. Con suma habilidad burló la guardia y deslizándose bajo la tienda de campaña del príncipe entró en el aposento donde estaba descansando Ziriab.

Cautelosamente llegó hasta el borde de su cama. Desenvainó el puñal que pendía del cinto, y alzándolo al aire asestó sobre el joven una puñalada.

Ziriab abrió los ojos reconociendo inmediatamente al emisario de Krímo.

Al instante, Siro, el escudero inseparable del príncipe, entró en



TEXTO ORIGINAL DE VALLE.

la tienda persiguiendo la sombra que a través de su aposento había visto deslizarse. Enfurecido por el cuadro que sus atónitos ojos estaban viendo de un seguro golpe de cimitarra partió el cráneo del asesino.

Llamado con urgencia el médico de campaña, pudo quitar a tiem-

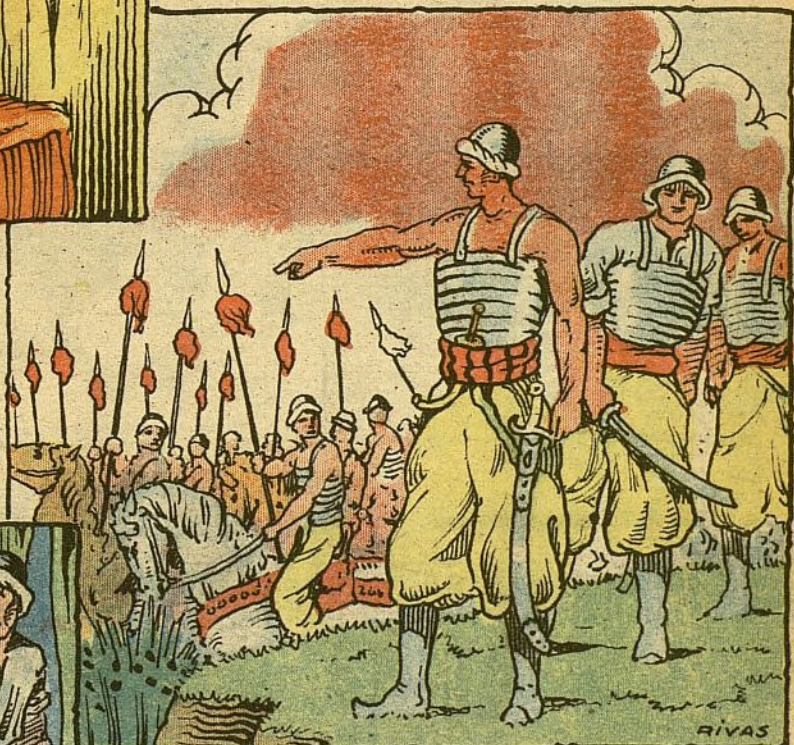


po del pecho de Ziriab el puñal homicida, y luego de revisar la herida, dijo a Siro:

—Por fortuna una costilla ha desviado el arma. Nuestro joven príncipe se salvará.

Atraído por el revuelo que el accidente había motivado, entró en el aposento de Ziriab, el joven Tino, quien al ver malherido al príncipe se arrodilló a su lado y cuando Ziriab abrió los ojos, le dijo serenamente:

—No os apureis por esta herida hecha a traición. Des-



cansad tranquilo. Si me permitís yo tomaré el mando de vuestras fuerzas.

Ziriab alargó su mano colocándola sobre el hombro del valiente camarada, y contestó:

—Que Dios guíe vuestro brazo y os ayude en nuestra victoria.

Los clarines del príncipe rasgaron las primeras luces de la aurora, con su toque prolongado de guerra.

Después de aquel breve reposo, los guerreros dispusieron a luchar con mayor bravura, mientras en el campo enemigo renacía el sordo barullo de los preparativos bélicos.

C O N T I N U A R Á









# COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES



## A MI QUERIDA PATRIA

España, patria querida,  
cuna donde yo nací,  
no me canso de alabarte  
como tú lo haces por mí.  
Dulce patria, patria mía,  
más que dulce para mí;  
gustoso daría la vida  
por defenderte yo a tí.  
En momentos como éstos  
ya no te hace falta nada,  
por encontrarte entre manos  
de valientes camaradas.  
Que supieron defenderte  
al mando de un gran Caudillo,  
que todo lo dió por tí  
en trances tan amarillos.  
Ya no tienes que sufrir,  
ya te encuentras restaurada,  
y yo siempre estos gritando:  
¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Raúl Patón.

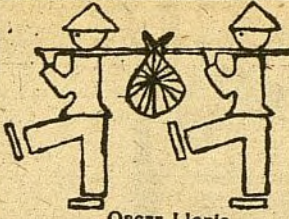
Madrid.



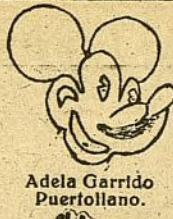
Jesús Corral



Manuel Pradillo  
13 años.



Oscar Llopis  
7 años.—Alcoy.



Adela Garrido  
Puertollano.



Adela Rodríguez  
9 años.—Montijo.



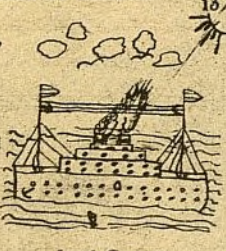
Antonio Graells  
San Ramón.



Pascual Rojo  
13 años.—Madrid.



Marcelo Sotorra  
10 años.—Reus.



José Comas  
Barcelona.



Francisco Baez  
13 años.—San Juan.



Ignacio Blanco  
9 años.

Buñol-Ferros.

## LA PRINCESA ROSALINDA (CUENTO)

Hace mucho tiempo, muchos siglos, había un pueblo gobernado por unos monarcas muy bondadosos, y debido a la felicidad que en él reinaba, llamábanle «Región Alegre». Ahora están más alegres que nunca, pues Dios atendió a sus ruegos y les envió un bastago. Todos sueñan con un príncipe, pero no fué así; nació una princesa, muy rubia y muy bella. Por su nacimiento se celebraron grandes fiestas; al octavo día fueron invitadas el Hada Alegria, Felicidad, Juventud, Belleza; era el día destinado a bautizar a la princesa; acordaron ponerle por nombre Rosalinda.

En el banquete el Hada Alegria le dió a la niña el don para que nunca tuviera penas y siempre estuviera muy contenta.

El Hada Felicidad la dotó de una dicha duradera con un príncipe muy bueno, galante y bello, y su región estaría rebosante de felicidad.

El Hada Juventud les dijo a los reyes que Rosalinda tendría juventud jamás habida, fresca, lozana y duradera.

El Hada Belleza le puso en su diminuto dedo un bellísimo anillo, símbolo de máxima belleza.

A la terminación de los brindis apareció el Hada de las Hadas y de esta manera se expresó:

—Soy la Vejez y la Bondad; Vuestra Majestad desea tener a su mesa a las más distinguidas hadas del reino. Sólo piensa que con juventud, alegría, felicidad y belleza, Rosalinda podrá disfrutar de los dones cuando por sí sola se haya hecho merecedora a ellos. Respeto lo donado por las hadas de mi reino. Cuando la princesa cumpla lo dicho, disfrutará los dones hoy hechos.

Y diciendo esto, desapareció. Quedáronse todos tristes y poster-

Juan Cuadrench  
Barcelona.



Ignacio Arísti  
Placencia.

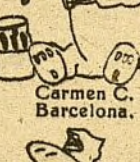


Eduardo Arribas  
7 años.—Madrid.

Ramón Roca  
8 años.—Lérida.



Rafael Aparicio  
Villanador.



Carmen C.  
Barcelona.



José García Ripoll  
19 años.—Madrid.



Lucía Gabaldón  
Puerto Sagunto.

Pedro Aedo  
13 años.—Mallaña.



Agustín García  
11 años.—Madrid.



F. Caballero  
11 años.—Granja.



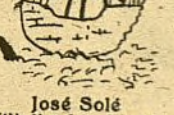
Juan Liurdés  
9 años.—Manresa.



Antonio Susiá  
11 años.—Madrid.



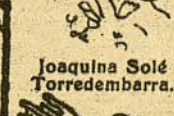
G. Fernández  
11 años.



José Solé  
Villalba las Arcas.



Luis de la Prada  
10 años.—Moguer.



Andrés Castellanos  
13 años.—Madrid.



Juan Lavaller  
8 años.



José Carlos  
7 años.—Madrid.



José Carlos  
7 años.—Madrid.

gados; las hadas sin esperanzas de poderlo deshacer y los reyes algo desilusionados, pues creían que el hada buena no lo cumpliría.

La niña creció bella, alegre, feliz, pero aquellos reyes que supieron gobernar un pueblo, no supieron educar a Rosalinda. Era caprichosa, despoja, orgullosa, su vanidad no tenía límites. La reina lloraba, comprendiendo que si ellos morían el pueblo estaría triste porque Rosalinda no sabría gobernar y ningún príncipe la querría por su maldad. Pero un día cuando el rey estaba abstraído y preocupado de cómo poder refrenar los caprichos de su hija, abrióse la ventana, entrando el Hada ya olvidada por él y le dijo:

—Majestad, triste es decirlo; supisteis amar, mas no educar, y como ambas cosas son necesarias en la vida y vos no podéis lograr la última, es necesario que me lleve a la princesa una larga temporada para educarla y dotarla de bondad. Pensativo quedóse el rey sin saber qué responder, pues comprendía que eso no lo lograría jamás; amaba demasiado a Rosalinda y díjole a la anciana:

—Aguardad, señora, que venga mi amada esposa.

Al momento presentóse la reina. —¡Oh, reina! Vengo a cumplir mi palabra. Vos no lograríais nada para mejorar a vuestra amada hija.

—Señora, gran pena daís a mi corazón apartándome de Rosalinda—contestó la reina, comprendiendo que todo ruego sería inútil. Llamada.

Rosalinda apareció con un gaffo en sus manos, el cual por no dejarse poner un lacayo, había sido castigado. Y sin dar los buenos días, comenzó con risa burlona a hacer gestos desagradables a la anciana.

—¡Ríe, ríe, que las risas serán lágrimas.

Y diciendo esto, desapareció con Rosalinda. Al llegar a la choza, que ahora tiene por casa, le dijo:

—Mira, niña, esta es tu casa.

—Soy princesa, señora; no puedo vivir en esta pobre casa, tan sucia, sin cama....

—Mira, tienes cama; tú con tus bellísimas manos tejeras las sábanas, limpiarás y cuidarás del ganado, hasta hacer de esto un palacio.

—¿Está usted loca?

Y de rabia tiróse al suelo, comenzando a dar gritos y rendida más por las emociones que por cansancio, durmióse en aquella cama. Al siguiente día, al aparecer el alba, fué el hada a despertarla.

—Buenos días; levántate y hazte el desayuno, barre y cuida el ganado, que yo tengo que salir.

El primer día la princesita no lo hizo; pasó el segundo y el tercero, y hace ya muchos meses que en compañía del hada buena está, y vedla cómo teje, guisa, barre, cuida sus queridas gallinitas y quiere mucho a su anciana bienhechora. Pero hoy al salir al corral de la casa, vió a un joven muy arrogante y bello y de esta forma le habló:

—Linda campesina, ¿cómo siendo tan bella, estás en este solitario lugar? Podéis tener joyas, criados y ser querida y respetada, si aceptáis mi proposición. Soy un príncipe del reino en que vivís; os podría hacer muy feliz.

Quedóse muy pensativa Rosalinda, pero no hacía nada sin contar con su amada hada. Pero una voz muy cercana y querida, la dijo:

—Acéptalo; es el premio a tu gran bondad. Vuestra casa esta será y donde un día hubiera una choza pobre y sucia, se levantará un palacio ideal.

María Flores.



José Carlos  
7 años.—Madrid.



José Romero  
6 años.—Cuevas.



# Y SE CREYÓ QUE ERA D. QUIJOTE

(Conclusión)

Cuando Olguita, Josele y Paquín regresaron al palacio, la mesa estaba dispuesta para la comida. Dos criados salieron a recibirlos y también la Abeja Sabia, que por una ventana de la galería había salido al campo. Josele mostró deseos de ir a dar una vuelta por donde estaban Tantarantán y Torbellino, para ver si estaban contentos, y así lo hizo en compañía de Olguita y precedido por la Abeja Sabia. Habían quitado la albarda a Torbellino y en el momento en que entró Josele al corral se vino hacia él, manso y sumiso, moviendo la cola y agachando alternativamente una y otra oreja. La Abeja Sabia le hizo algunas preguntas y luego comunicó a Josele que le había dicho estaba satisfecho y contento.

Tantarantán apenas podía moverse; tal era la cantidad de bellotas que había engullido «a estilo pavo». Y de este modo Josele se vol-

sintió, que desprovisto volvió gritando: ¡Socorro, que me comen! Soltó Josele la mano a Olguita y cogiendo su espada de

cañas, lanzóse como una tromba hacia el interior de la escalera y al ver los animales disecados, comenzó a repartir mandobles y a derribarlos por el suelo, con un brío y una valentía impropios de un chiquillo.

Acudieron a los gritos los padres de Olguita y cuando llegaban, ya estaba Josele en la puerta sudoroso y jadeante, pero con toda la alegría del vencedor de una gran batalla.

Dióle don Ambrosio algunas explicaciones, echando la culpa de lo sucedido a los criados, que habían querido gastarle una broma y le felicitó por su arrojo y valentía. Paquín, que no se había repuesto del

susto y miraba receloso hacia la puerta, no se aireó a entrar hasta que todos hubieron pasado delante.

Y así llegaron hasta la galería donde estaba preparada la mesa. No bien se hubieron sentado, Olguita recordó que en la radio había emisión infantil y pidió a su padre que la encendiese. La comida se deslizaba con la mayor tranquilidad, cuando la radio interrumpió su música y después de un golpe de gong, comenzó a decir el «spiker»:

—¡Atención! ¡Atención! Esta madrugada han desaparecido de sus casas dos niños que se llaman Josele y Paquín, que decían jugar a don Quijote y Sancho. Quien conozca su paradero, que avise inmediatamente al teléfono 74.528.70».

Josele palideció, se acordó de su abuelita y se le saltaron las lágrimas. Paquín no comprendía cómo se habían enterado de que estaban allí. Don Ambrosio se dirigió al teléfono y avisó de que los niños estaban sanos y salvos en su casa.

Media hora después, el abuelo de Josele se presentaba ante el palacio en un auto para recoger a Josele y a Paquín. Así terminó la aventura y el juego de nuestros niños.

vió, siempre acompañado de Olguita, hacia el palacio. Paquín se había quedado mientras tanto junto al palacio atraído por los olores de las viandas, y anduvo merodeando en torno a las ventanas de la cocina. Otro tanto hizo la vieja Garabito, a quien los criados dieron una escudilla llena de sabrosas judías con chorizo.

Vió Paquín el cielo abierto cuando aparecieron Olguita y Josele, pues sospechaba que había llegado el momento del sabroso yantar. Y apenas se hubo acercado Josele, se coló por la puerta de la escalera por

donde había visto subir las viandas.

Pero, no bien hubo subido tres o cuatro escalones tropezó con los

animales disecados, y fué tal el pánico que

sintió, que desprovisto volvió gritando: ¡Socorro, que me comen! Soltó Josele la mano a Olguita y cogiendo su espada de

cañas, lanzóse como una tromba hacia el interior de la escalera y al ver los animales disecados, comenzó a repartir mandobles y a derribarlos por el suelo, con un brío y una valentía impropios de un chiquillo.

Acudieron a los gritos los padres de Olguita y cuando llegaban, ya estaba Josele en la puerta sudoroso y jadeante, pero con toda la alegría del vencedor de una gran batalla.

Dióle don Ambrosio algunas explicaciones, echando la culpa de lo sucedido a los criados, que habían querido gastarle una broma y le felicitó por su arrojo y valentía. Paquín, que no se había repuesto del

susto y miraba receloso hacia la puerta, no se aireó a entrar hasta que todos hubieron pasado delante.

Y así llegaron hasta la galería donde estaba preparada la mesa. No bien se hubieron sentado, Olguita recordó que en la radio había emisión infantil y pidió a su padre que la encendiese. La comida se deslizaba con la mayor tranquilidad, cuando la radio interrumpió su música y después de un golpe de gong, comenzó a decir el «spiker»:

—¡Atención! ¡Atención! Esta madrugada han desaparecido de sus casas dos niños que se llaman Josele y Paquín, que decían jugar a don Quijote y Sancho. Quien conozca su paradero, que avise inmediatamente al teléfono 74.528.70».

Josele palideció, se acordó de su abuelita y se le saltaron las lágrimas. Paquín no comprendía cómo se habían enterado de que estaban allí. Don Ambrosio se dirigió al teléfono y avisó de que los niños estaban sanos y salvos en su casa.

Media hora después, el abuelo de Josele se presentaba ante el palacio en un auto para recoger a Josele y a Paquín. Así terminó la aventura y el juego de nuestros niños.

FIN